

POR ISELA REYES

Puede que yo no sea feliz, pero él  
tampoco lo será.

*Por  
Última Vez*

**D.J.57**

# **Por última vez**

Isela Reyes

Título: Por última vez  
© 2018, Isela Reyes  
©De los textos: Isela Reyes  
Portada: Isela Reyes, Frescia Chumpitasi  
1ª edición  
Todos los derechos reservados

*Para Maty y el grupo de lectura.  
Gracias por todo su apoyo, chicas.*

# Índice

1. [Siete Palabras](#)
  2. [Pensamientos](#)
  3. [Analogía](#)
  4. [Encuentro](#)
  5. [Resurgir](#)
  6. [Efímero](#)
  7. [Realidad](#)
- [Epílogo: Las cartas](#)

## 1. Siete Palabras

—No puedo hacerlo. No quiero casarme contigo. —Eso fue lo que dijo y después colgó.

¡Siete palabras!

Existen muchas de ellas, millones, pero bastaron siete para cambiarme la vida, para romperme el corazón.

Recuerdo cada instante, cada detalle de lo que vino después de esa llamada. Fue como si el piso bajo mis pies desapareciera; como si el oxígeno se acabara; como si el sol se apagara... Todo se convirtió en una pesadilla.

El teléfono resbaló de mi temblorosa mano, golpeando el piso con un estruendo, al mismo tiempo que las lágrimas abandonaron mis ojos y se mezclaron con mi maquillaje. Ese que con tanto esmero la maquillista había realizado. Todos me miraron con lastima al saberlo y yo solo quería desaparecer, volverme invisible, no existir. En aquel instante creí que moriría, ingenuamente pensé que la vida había acabado. Pero no fue así.

Han pasado tres años y ahora entiendo lo equivocada estaba. Al mismo tiempo, me sorprende la ironía de la vida, es como si repitiera el guion. El escenario y las condiciones son distintos, evidentemente, y al mismo tiempo tan parecidas que dan miedo.

—Lo siento. No hay nada que hacer.

¿No es irónico? Las palabras que Mani ha dicho son siete. ¡Siete! El mismo número de palabras que me hizo sucumbir en aquella ocasión, hoy nuevamente me hace temblar.

Me dejo caer en el respaldo del asiento y me permito cerrar unos segundos los ojos, asimilando las cosas. No debería sorprenderme, esto es algo que sospechaba. Era como una corazonada, como un presentimiento. Algo me lo decía, pero siempre he sido positiva, bueno, en realidad lo era antes. Aunque justo en este momento añoro ese positivismo, creer que hay una esperanza, que no es el final.

Mani se aclara la garganta, haciéndome componerme. Está mirándome con esa expresión afligida que tanto odio. Quisiera repetirle lo mismo que le dije

hace dos semanas: Estoy mejor que nunca. No pasa nada.

Pero la verdad, no es así, no lo estoy. Sin embargo, no quiero demostrarlo, no quiero que me vea de ese modo.

—Tenemos...

—Gracias —lo interrumpo poniéndome de pie. Lo único que quiero es salir de aquí—. Tengo que comprar comida para Lazi.

—Silvia...

—No pasa nada, Mani —aseguro con una sonrisa fingida. Una de las que más me ha costado mostrar, no como las que pones cuando compras algo en la tienda, no, es justo como la que tuve que mostrar mientras cruzaba la puerta de la iglesia, despidiendo a los invitados, disculpándome porque no habría boda. Como si la culpa hubiera sido mía.

—Al menos escucha —insiste tomándome del brazo—. Podemos...

—De verdad, tengo que irme.

No hay mucho que tenga que decir o escuchar al respecto. ¡Es inevitable y punto! No hay más que hacer. Existen cosas a las que no se les puede dar la vuelta o sencillamente ignorarlas esperando que desaparezcan. No obstante, yo no quiero hacer lo habitual, lo que se acostumbra en este tipo de situaciones, eso no me va, así que haré lo que he planeado antes de venir aquí y confirmarlo. Tengo que asistir a una boda. A la boda del hombre que me abandonó. Puede que no sea feliz, pero él tampoco lo será.

## 2. Pensamientos

Existen muchas maneras en las cuales tu vida puede cambiar. Hace tres años, la mía cambió drásticamente. Hice una tormenta en un vaso de agua, en ese momento, desee con todas mis fuerzas morirme, dejar de sufrir... No solo por el sentimiento de abandono, también por la vergüenza que sentí al verme sola.

“Cuidado con lo que deseas”.

Qué irónica y qué injusta es la vida. Estúpidamente lo pensé, lo desee, a causa de la desesperación y del dolor, pero definitivamente no es lo que quería en este momento. Parece que alguien me ha escuchado, tardíamente, pero lo ha hecho.

Varios pensamientos vienen a mi mente mientras cruzo las puertas de la clínica. Dos de ellos en un sentido positivo:

“La vida es demasiado corta para perder el tiempo odiando a alguien”.

Corta. Sí, eso parece. Y aunque la mayoría de las personas odian a muchas otras, yo solo lo odio a él. Y de ninguna forma creo que sea una pérdida de tiempo. Es posible que ese odio sea lo que me ha mantenido cuerda. Después de que las lágrimas y lamentos se fueron, solo ha permanecido ese sentimiento.

“Hay dos cosas que podemos perder: el tiempo y la vida; la segunda es inevitable; la primera, imperdonable”.

No perderé el tiempo, porque pienso aprovecharlo para saldar esa deuda, para pagarle con la misma moneda.

Tengo poco tiempo, soy consciente de ello. Y aunque debería aprovecharlo para hacer cosas positivas, si soy sincera, nunca he sido tan buena persona. Mientras una parte de mí, intenta hacer lo correcto, la otra rememora lo que leí esta mañana en la sección de espectáculos:

«El multimillonario Dominick Becher contraerá nupcias el próximo fin de semana en Miami».

Se casará y en Miami. ¡Maldito idiota!

Algo me dice que no me gustará saber dónde será la ceremonia. Por ende,

varios pensamientos negativos luchan por emerger, entre mi diminuto positivismo:

“La venganza es dulce y no engorda”.

¡Genial! No engorda.

“No es venganza es la ley de Newton, para cada acción hay una reacción”.

¡Cierto! Él lanzo primero el golpe, ahora tiene que recibir la respuesta.

Sé que debería aprovechar mi tiempo para despedirme de mis seres queridos y decirles cuánto los quiero. El asunto es que yo no tengo nadie a quien decirle que lo quiero, ni con quien aprovechar ese tiempo. Las únicas dos personas que me quedaban, me dejaron y ahora solo tengo a Lazi. Ella ladra cuando le digo que la quiero y lo hago todas las mañanas. Así que por ese lado, no tengo mucho que hacer. Creo que he cumplido mi misión con ella.

Dominick arruinó mi boda, porque no llegó, porque me plantó, porque nunca dio una explicación. No es que la quiera después de todo el tiempo que ha pasado, pero creo que tenemos un asunto pendiente. Así que ahora me toca devolverle el favor. Puedo ser muy infantil y rencorosa, pero desde ese día las cosas para mí han sido un desastre.

Al ser abandonada, muchos intentaron convencerme de que no era tan malo.

«Por algo pasan las cosas. No te merece. Se arrepentirá. No era el indicado para ti. Conocerás alguien mejor».

Sin duda, decirlo es más fácil que hacerlo. Pero ellos no eran yo, ellos no sintieron lo mismo, ellos no tuvieron que lidiar con lo que vino después. Cancelar la boda y devolver regalos no fue nada en comparación.

Ser plantada ha sido como una maldición. Abandoné mi empleo y me recliné en un viejo apartamento donde la renta es la mitad del promedio, donde no hay elevador, ni vigilante, donde la calefacción no funciona y en el tiempo de lluvias se filtra un poco de humedad por todas partes. Me hundí en una depresión que se llevó todo a carajo. Perdí amistades y mi familia, lo perdí todo. Me perdí a mí misma. Creo que eso ocurre cuando entregas demasiado a una sola persona,

cuando te olvidas de los demás, cuando idolatras a alguien más de lo que deberías.

Sin embargo, saber que él hará su vida como si nada hubiera ocurrido, me llena de rabia. Porque me hace entender que nada de lo que dijo era cierto. Nada de lo que juró sentir era auténtico. Él no parece arrepentido. Su vida ha marchado viento en popa desde que se fue. Su riqueza se ha incrementado, ahora sale en revistas y es uno de los hombres más codiciados del país. Es como si se hubiera llevado mi estrella y me hubiera dejado toda la mala suerte. Y puesto que la persona indicada para mí, nunca llegó y no creo que logre llegar antes del final, tengo que aprovechar.

Algunas veces me pregunté qué era de su vida y cómo estaba, pero en realidad no sé si después de tres años estoy lista para verlo. Sin embargo, no tengo tiempo para pensármelo, la boda es mañana e impedirla es lo último que deseo hacer. Voy a devolverle el favor. «No vas a casarte, Dominick. Sobre mi cadáver»..

### 3. Analogía

Me siento como una completa extraña. Por primera vez en tres años, he ido al salón de belleza, me han hecho un corte de pelo, puesto uñas postizas y un tratamiento facial. En realidad creo que no estoy... tan, tan mal cuando me arreglo. Me río de mis tontos pensamientos, mientras me miro de nuevo al espejo y sacudo ligeramente la cabeza. Si no me doy ánimos yo misma, ¿Entonces quién?

Me he puesto un vestido (el único que tengo y que compre por mero impulso, ya que me he divorciado de ellos), el cual resalta mis curvas. No tengo muchas, debo aceptarlo, pero mis pechos son mi punto fuerte y el pronunciado escote del vestido les hace honor. ¡Tarán!

El sonido del teléfono rompe el silencio del departamento. Lazi no está en casa, obviamente tenía que dejarla encargada con alguien, así que en este momento todo es calma. Espero que esa pequeña traviesa, se comporte mientras no estoy y que la señora Moly no tenga quejas. El teléfono sigue sonando, pero no atiendo la llamada. Me concentro en terminar de aplicar el maquillaje. Además, apenas me da tiempo de terminar de poner las cosas en la bolsa y salir corriendo al aeropuerto. Me esperan dos largas horas de vuelo y un poco más de trayecto en taxi hasta el hotel. Lógicamente me mude a Houston, después de lo sucedido no me iba a quedar a vivir en Florida. La idea de toparme con él en cualquier momento me aterraba.

Creo que mi error fue auto compadecerme y creer que había hecho algo mal, puede que sí, pero él fue un idiota. Lo sigue siendo, de eso no tengo dudas. Su gusto por las operadas lo refleja.

El plan es llegar a la iglesia antes que todos los invitados, para que no noten mi presencia. Porque obviamente no he sido invitada, pero se cómo colarme. Durante años visite ese lugar, así que conozco a su personal y sus reglas, así como sus descuidos.

La contestadora atiende, pero no necesito escuchar su voz para saber de quién se trata.

—¡Silvia! —Mani. La única persona que me llama desde hace dos años—.

¿Por qué no atiendes mis llamadas? ¿Eh? —Está enojado, bastante diría yo. Sonríe ante la idea. Ese hombre es siempre tranquilidad o lo era antes de que llegara yo a su vida—. Tenemos que hablar. Esto es muy importante.

Suspiro y muevo la cabeza. No comprendo porque no se da por vencido. Hemos hablado de esto un par de veces (justo cuando los síntomas se hicieron presentes), ya debería saber que no cambiare de opinión por mucho que insista.

—¡Silvia! Sé que estás ahí. ¡Contesta!

Mani es mi único amigo y eso es otra de las ironías de la vida. Cuando nos conocimos teníamos 15 años, coincidimos en la preparatoria y éramos compañeros de clase, no obstante nunca nos llevamos bien. Recuerdo haberle hecho algunas groserías, puesto que era el nerd y yo la chica popular, aun así, cuando me reconoció al encontrarnos en la clínica, decidió ayudarme con el asunto de mi depresión. Él es médico general, pero me recomendó con un colega y desde entonces ha estado pendiente de mi salud. ¿Quién hubiera imaginado que aquel chico tímido se convertiría en mi mejor amigo? Nadie, ni yo misma hubiera apostado por ello.

—Silvia —gruñe cada vez más irritado. Sonríe involuntariamente. Casi puedo imaginar su rostro rojo por la molestia—. No puedes viajar. ¿Entiendes? Ni se te ocurra montarte en ese avión... —Antes de que continúe con su letanía, tomo mi bolsa y me encamino hacia la puerta. No va a convencerme de no ir. He hecho demasiadas cosas para hacerlo, no voy a dar marcha atrás.

Llegar una hora antes a una ceremonia, no es buena idea. Absolutamente no lo es. Me acomodo en la última banca, detrás de uno de los exuberantes arreglos florales que adornan el pasillo.

Ver este sitio me trae tantos recuerdos. Obviamente luce un poco distinto de aquel día. El color y la disposición de las flores son diferentes, pero no puedo evitar que las imágenes de ese momento vengan en mi cabeza. Flores exóticas sustituyen los girasoles que yo escogí. Un nudo se forma en mi garganta.

«No, Silvia, no puedes titubear, no te atrevas a llorar». Paso saliva y trato de quitarme esas ideas, recordándome que no he venido a eso. Suspiro varias veces y cierro los ojos. Tengo que mantenerme firme y recordar mi plan. Sí, mi plan,

mi venganza. No obstante, no deja de molestarme el hecho de que haya escogido el mismo sitio para casarse. ¿Cuántas iglesias pueden existir en el estado? ¿Por qué esta? ¿Por qué? ¡Es un completo idiota!

Los minutos pasan demasiado lentos, siento como si llevará años sentada y solo han pasado 15 minutos. ¡Qué horror! Comienzo a aburrirme y los zapatos me lastiman. Eso pasa por perder la práctica, pero reconozco que las zapatillas son más cómodas.

—No me veas así —murmuro mirando el rostro inmóvil que me observa desde la cruz. Nosotros nunca hemos tenido problemas, ni siquiera cuando fui plantada los tuvimos. Obviamente, me moleste y lo cuestione muchas veces, pero después entendí que él no tenía la culpa de lo que ese idiota hizo. Supongo que ahora sabe a qué he venido y no parece gustarle, por eso me está mirando de ese modo, tratando de persuadirme—. Lo siento, pero lo he pensado mucho y saber que este era el lugar, solo alimenta mi deseo de arruinarlo —farfullo como si pudiera responderme.

El tiempo transcurre y rostros conocidos hacen acto de presencia. ¡Joder! Hasta los invitados parecen ser los mismos. Ahí está Susan, su prima y su marido. George y Vicent, sus amigos de universidad. Su jefe o quien lo era, porque creo que ahora los papeles son invertidos. ¡Maldición! Creo que esto no parece una buena idea. Trato de mantenerme oculta y que no me noten. Ver lo radiante que lucen todos hace que mi determinación vacile.

—¡Dominick! —Alguien grita su nombre y mi rostro gira hacia la puerta.

«¡Ahí está! ¡Maldito!». Sigue tan guapo como siempre y mi corazón palpita acelerado. «¿Qué te pasa tonto? Ese es tu enemigo. ¿Por qué rayos te emocionas?».

Jalo aire por la boca un par de veces intentando controlarme, creo que realmente no estoy lista para verlo, mucho menos para hablarle. Quizás debería salir corriendo, no creo que lo noten. ¡Joder! Eso es imposible. Es tarde para eso, tengo que hacerlo, puedo hacerlo.

Fijo mi mirada en el pasillo. Dominick avanza acompañado de Phil, que al parecer también será el padrino. ¡Traidor! “Tú eres la mejor mujer para él”. ¡Mentiroso! Otro maldito mentiroso. «¡Contrólate, Silvia! ¡No pierdas la cabeza! Estás a solo un paso, puedes hacerlo».

Trato de concentrarme pero no puedo evitar devorar con la mirada cada parte de su figura. Ese traje le queda de muerte, esta malditamente guapo. Por un instante creí que era el mismo que se suponía usaría ese día pero no, los pequeños broches en las mangas difieren. Además, ahora tiene mucho dinero como para reutilizar.

Se sitúa donde debía estar aquel día, esperando por mí. Todo se revuelve dentro de pecho, la ira, la tristeza, la melancolía, la añoranza, es como se suponía que sería, como debió ser... «¡Resiste, no puedes dar marcha atrás! ¿Quieres que sea feliz mientras tú...? No, no».

Todo está listo. Dominick está al pie del altar, acompañado por el sacerdote, quien tampoco es el mismo. ¡Uf! Menos mal, eso es algo bueno. No me gustaría que me reconociera y me compadeciera, porque sé que me verá patética.

No sé por qué intento comparar todo, pero no puedo evitarlo. Estar aquí es como recordar aquella escena o la que se suponía debía ser y eso no me hace sentir nada bien.

La novia está retrasada y la gente comienza a inquietarse, lo mismo que él. «¡Ojalá te dejará vestido y alborotado! Te lo mereces», pienso con una sonrisa malvada.

La marcha nupcial suena y mi esperanza se esfuma. La novia aparece. Tengo que admitir que es bonita, de acuerdo, más que eso, sencillamente es perfecta. Ella es alta, rubia, con una diminuta cintura y un trasero enorme. ¡Vaya! Aunque no tiene demasiado pecho y eso es genial. Las mías siguen siendo mejores y son naturales.

Con una enorme y plástica sonrisa avanza destilando glamur, hasta donde él se encuentra. Contengo el aliento y comprimo mis manos.

¿Realmente voy a hacer esto? ¿Puedo hacerlo?

## 4. Encuentro

Paciente y casi sin respirar observo todo, notando las miradas melosas que se dirigen. Eso casi me hace ponerme a gritar, pero logro resistir.

Despacio me deslizo sobre la banca, viendo al sacerdote que los mira y realiza la pregunta de oro.

—¿Hay alguien que se oponga a esta unión?

Por impulso me incorporo y me planto a mitad del pasillo. Captando algunas miradas extrañadas. «¡Ahora o nunca!». Avanzo y tomo aire.

—¡Yo! ¡Yo me opongo! —Todos empiezan a susurrar y me miran con los ojos desorbitados. Pero los míos están fijos en su espalda, que lentamente se mueve, hasta que lo tengo de frente.

Sus ojos me observan con detenimiento. ¡Aja! Pasan de mi cara a mi escote. No puedo ocultar una ligera sonrisa, siempre los amó y parece que eso no ha cambiado. Pero, esto es raro. Creí que desearía matarlo en cuanto lo viera, pero no es lo que siento justo ahora. ¿Por qué?

—¿Quién es esa? —pregunta la chica de revista con expresión furiosa.

Dominick no responde, continua mirándome. Lo he sorprendido y eso es bueno. Camino despacio, notando como se inquieta. Está nervioso, lo conozco.

«¿Qué fue lo que pasó? ¿Por qué no llegaste? ¿Por qué no te casaste conmigo?».

Las preguntas que he guardado estos años saltan en mi cabeza, pero mantengo la boca cerrada. No he venido en busca de respuestas, sino de venganza.

—¡¿Dominick?! —exclama la rubia con los ojos como platos—. ¿Quién es esta tipa?

—Te lo repito —digo con seguridad, señalándolo—. No puedes casarte. No puedes hacernos esto. —Hago un gesto dramático llevándome las manos al vientre y eso termina por desatar el caos. Los padres de la novia comienzan a gritar y se acercan a ella. El sacerdote retrocede y niega—. Estoy esperando un hijo tuyo —confirmo en voz alta, posiblemente en la mejor de las actuaciones.

—¡Esto es intolerable! —bufa la tipa, empujándolo—. ¿No dirás nada? ¿Qué diablos te pasa?

—Tranquila, hija. Debe haber una explicación —dice su madre, pero ella se aparta al no obtener respuesta de un atónito Dominick. Que continúa mirándome

como si fuera una especie de fantasma. Casi, pero aún no.

—No quiero saber nada de ti. —Su mano se estrella en el rostro de Dominick—. ¡No hay boda! —grita y se encamina hacia la puerta. Todos se mueven, pero nosotros no. Continuamos mirándonos. Es como si todo hubiera desaparecido.

—¡Dominick! —Phil se acerca y lo sacude con violencia—. Michel se ha ido, ¿No piensas hacer nada?

—¿Qué demonios sucede? —Otro hombre llega gritando pestes y dando órdenes—. ¡Dominick! ¿Qué demonios pasa? —Sus palabras lo sacan del letargo.

—¿Cómo que se ha ido? —inquiere mirando a Phil, quien me fulmina con la mirada. ¿Está molesto? Soy yo quien debería estarlo, él también me traicionó. Él lo sabía, por esto tampoco llegó.

—¿Quién demonios es esta loca? —grita el hombre tomándome del brazo—. Llamen a seguridad...

—¡No! —interviene Dominick. Bajando hasta donde estamos.

—¿Qué? ¿Realmente la embarazaste? —pregunta horrorizado el otro hombre.

—¡Tenemos un problema! —Detrás de nosotros aparece otro chico agitado y pálido—. La prensa ha comenzado a llegar y Michel se fue. ¿Qué hacemos?

—¡Mierda! Saquen a los invitados y llévenlos al salón. Hagan parecer que no ha pasado nada. Si alguien pregunta, digan que la boda acaba de terminar. ¡Rápido!

—Entendido. —El chico corre dando indicaciones a los que aún quedan dentro de la iglesia. Yo no sé qué debería hacer. La mirada de Dominick me ha dejado anclada, eso y la mano del tipo gritón.

—¿Qué sucede? —La madre de Dominick se acerca, no me mira, pero está tan sorprendida como todos.

—Nada, mamá —responde manteniendo baja la voz—. Ve con ellos.

—Pero... —Niega.

—Por favor, mamá. Ve. —Ella asiente y regresa con Patricia. Mi ex"cuñada, quien también me lanza una nada agradable mirada. Ahora sí que todos me odian. ¿Y por qué a él nadie lo odió cuando me abandonó? ¿Eh? Algunas cosas nunca son justas.

—Ustedes dos vienen conmigo —dice señalándonos a Dominick y a mí. ¡Oh no! Yo no voy a ningún lado con él.

—Yo me tengo que ir —digo retrocediendo, intentando liberarme de su mano.

—¡Ah no! Tú no vas a ninguna parte, Silvia —rugue Dominick tomándome del brazo y arrastrándome con él.

—Pero... —balbuceo inútilmente.

—¡No digas nada! —grita haciéndome cruzar la puerta de la sacristía. La mirada que me dirige me obliga a mantener la boca cerrada y dejarme llevar, a pesar de querer darle una patada.

¡Soy un fracaso! ¿Cómo es que he terminado aquí? Sentada en la suite del hotel. Escucho a Dominick discutir con el tipo ese, que según he escuchado es su representante. ¿Incluso tiene uno? Qué tontería. Podría escapar si no estuviéramos en el décimo piso o no hubiera puesto llave a la puerta.

—¿Y ahora? —gimo observando la estancia.

La puerta se abre, ambos entran a la recámara. Me incorporo rápidamente y los miro con recelo. Los ojos de su representante me examinan, sin medirse.

—¿Estás seguro? —cuestiona levantando una ceja.

—Sí. Dijiste que necesito una novia, ¿No? —murmura con una mueca—. Y puesto que ella es quien ha causado todo este problema, tiene que hacerlo.

—¿Qué? ¿Hacer que cosa? —No me gusta la forma en la que me miran, ni lo que estoy concluyendo de ese par de líneas.

—¡No! ¡No! —chillo negando con la cabeza, retrocediendo.

—Sí, sí, Silvia —imita falsamente mi voz—. Deja de quejarte, tienes que hacerlo.

Niego, pero de nuevo la puerta se abre y una mujer entra con un vestido en manos. ¡Oh no! Lo que me temía.

¡Esto es un completo desastre! Uno enorme, gigantesco. Se supone que vine a impedir una boda, no a vestirme como una y jugar a serlo.

Aspiro un par de veces, alisando el vestido, dudando si debería salir o poner seguro y quedarme para siempre aquí o al menos hasta que me llegue la hora. Eso sería vergonzoso, pero definitivamente no estoy segura si más de lo que estoy a punto de hacer.

—¡Sal! —grita por tercera vez, cada una más impaciente que la anterior.

Tomo una gran bocanada de aire y obligo a mis pies a ponerse en marcha, mis manos tocan el pomo de la puerta, pero no lo hacen girar.

Mi corazón salta como si se encontrara en un trampolín y los nervios golpean mi estómago. Mentalmente hago una cuenta regresiva y abro.

Nuestros ojos se encuentran y el aliento se escapaba de mi pecho, esto es tan surrealista, es como si de pronto nos hubieras transportado en el tiempo, como si...

—Ya era hora. —Su brusca declaración rompe el espejismo.

Tonta. No deberías estar soñando despierta, para él esto no tiene la menor importancia.

—Vamos. —Dominick me toma del brazo y me obliga a salir de la habitación rumbo al elevador. Quizás pueda escaparme en cuanto salgamos del edificio. ¡Si! Eso haré.

Él no me mira, pero su tacto me pone nerviosa. Imagine que estaría verde del coraje y que intentaría asesinarme, pero ha tomado esto con bastante tranquilidad. No sé si eso es peor.

—¿Listos? —pregunta su representante y me preparo para salir disparada apenas se abran las puertas.

¡Maldición!

Soy incapaz, ni siquiera puedo dar un par de pasos. Los flashes me ciegan y es la mano de Dominick la que me hace avanzar, ahora rodea mi cintura y me mantiene pegada a su cuerpo. Su firme y duro cuerpo... ¡Omg!

—¡Por favor! ¡Dejen pasar a los novios! —pide su representante abriéndonos paso.

Todo es caótico. Mantengo la cabeza gacha y lucho por no caer. Alguien tira de mi brazo, pero él me retiene y me libera. Todo lo que puedo escuchar es el martilleo de mi corazón. Esto es de locos.

En medio de todo el revuelo, logramos cruzar las puertas y sin perder tiempo me hace subir a un auto. ¿Tan importante es para usar una limosina? Otra diferencia supongo, el nuestro sería un carruaje de caballos.

—¿Estás bien? —pregunta cerrando la puerta, acomodándose junto a mí.

—¿Acaso eres una estrella de rock? —pregunto molesta, pero él sonríe. «¡No lo hagas!», suplico desviando la mirada. De nuevo mi corazón parece a punto de colapsar.

—Creo que realmente no ves los espectáculos. —¡Engreído! Me quito el velo y lo dejo sobre mis piernas—. Ese vestido realmente no te va —dice mirándome con una sonrisa burlona. Ignoro su comentario, sé que tiene razón, hay partes donde me sobra tela y otras donde me queda justo. Se supone que era el reemplazo del que usaba la tipa esa. ¿Suerte? No, una auténtica pesadilla. Ahora quien compara es él y no me deja muy bien que digamos.

—Eso es evidente. No estoy operada.

—Ella no está operada —debate muy seguro y eso me enfurece. Pero él debe haberlo comprobado. Eso me provoca una punzada de decepción.

—Yo no diría eso —murmura el conductor. Robándome una sonrisa, que

contiene las lágrimas traicioneras.

Dominick lo fulmina con la mirada, pero no protesta.

—¿Adónde vamos? —farfulla desviando la mirada a su representante y cambiando de tema. ¿Por qué no admite que es demasiado plástica?

—Pues a donde se supone que irían de luna de miel.

—¡¿Qué?! —exclama con un gesto de desconcierto, más que eso, de pánico. ¿Acaso piensa que quiero ir a su luna de miel? Está loco. En la primera oportunidad que tenga escaparé—. No...

—Estarán esperándolos ahí también. Así que no me importa lo que digas. No tengo tiempo para pensar en algo más. Todo es un maldito caos. Tenemos que evitar que los medios se enteren y que Michel de declaraciones al respecto, hasta que algo mejor se me ocurra.

—¿Sabes dónde está? —No me gusta la mirada de Dominick al preguntar por ella. ¿Realmente está enamorado? De nuevo me muerdo los labios, recordándome que eso no debe importarme.

—No lo sé. Pero Phil y Leonardo están en ello.

—¿Cuándo podre irme? —Ambos me fulminan con la mirada y me echo hacia tras, apoyándome en el respaldo del asiento—. ¿Sera mucho tiempo? —pregunto con cautela.

—Tendrán que esperar al menos un par de horas, después de que llegemos. Ahora díganme, ¿Hay bebé en camino? —¡Ay no! ¿Por qué de todas las cosas que podía decir, tenía que ser esa?

Dominick me mira con reproche, girándose completamente en mi dirección.

—¿Por qué dijiste eso? —cuestiona con severidad.

«¿Por qué? Es lo que se dice en las películas, ¿no?». Esa es una respuesta estúpida. Me remuevo inquieta.

—¿No es lo que se debe decir para impedir una boda? —Y finalmente, sale de mi boca sin pensarlo. ¡Idiota!

Pone los ojos en blanco. «¿Qué esperaba? No pude pensar bien por los nervios, pero resultó, aunque no como esperaba».

—¡¿Estás loca?! —grita perdiendo los estribos. ¡Ah no! Eso sí que no.

—¡Oye! Tú arruinaste mi boda, ¿Lo olvidaste? —lo acuso sin temor—. Así que solo te he devuelto el favor.

—Eso no tiene sentido —murmura sacudiendo la cabeza, viéndose un poco perturbado.

—Para mí, si lo tiene. —Me mira fijamente, haciéndome sentir incomoda. Esto está mal. No debería estar cerca de él. No es que lo quiera, claro que no. De ninguna manera.

—¿Quieres dinero? —¿Qué? ¿Dinero? Lo apuñalo con la mirada. No lo

puedo creer. De toda la gama de posibilidades, ¿Es lo único que se le ocurre?

—¿Realmente crees eso? —Resoplo y miro por la ventana—. Sigues siendo un completo idiota —digo disfrazando mi dolor con el enfado. ¿Por qué me enamore de él, si es un cretino?

Ambos permanecemos en silencio mientras el auto continúa moviéndose. Solo su representante habla una y otra vez por celular el resto del camino.

Dinero. ¿Tan patética luzco? Ni siquiera me ha dado una explicación. ¡Lo odio!

—Llegamos. Ponte de nuevo el velo —ordena sin mirarme. ¡Cobarde!

—No me parezco en nada a ella —protesto mientras me cubro el rostro. Hay una enorme diferencia, tan solo por hablar de la altura y ni mencionar el trasero.

—Solo pónitelo —dice el hombre, antes de bajar del auto.

A regañadientes lo hago. Se abre la puerta de Dominick, quien baja y se inclina ofreciéndome la mano. Verlo de este modo, nuevamente me hace pensar en que así es como las cosas debieron de ser.

—¡Sal! —gruñe. Hago una mueca y tomo de mala gana su mano. Me sostiene con fuerza para que no caiga y entonces descubro donde estamos.

«¡No puede ser! ¿Por qué?». Siento como si acabaran de darme un golpe en el estómago. Los ojos se me llenan de lágrimas inevitablemente. Solo faltaba esto. La pensaba traer aquí, donde estuvimos juntos por primera vez, donde pensábamos pasar nuestra noche de bodas. La cabaña de sus padres.

Estoy tentada a arrancarme el velo y echar a correr, pero eso dejaría en evidencia lo patética que soy. Me duele.

—Vamos.

Mantengo la mirada en el piso mientras su mano me guía. Agradezco llevar el velo y espero que no note mis lágrimas. Esto solo quiere decir una cosa. ¡La ama! ¡Ama a esa mujer! Me ha olvidado.

## 5. Resurgir

Hay instantes en la vida en los que quisiéramos realmente desaparecer. Como cuando tu madre cuenta tus penosos accidentes a todas sus amigas chismosas, cuando eres el blanco de una broma en el salón de clases, cuando tu jefe descubre que has estado haciendo cosas como entrar al facebook en horario laboral y se pone rojo del coraje porque le debes un reporte. O cuando descubres que esa persona te ha dejado de amar y tú has arruinado su boda. Si, en ese instante me encuentro ahora.

Aunque lo nuestro estaba acabado, una parte de mí, se resistía a admitirlo. Dicen que no hay peor ciego, que el que no quiere ver. Y creo que es verdad. Todos estos años esperé una explicación, algo que pudiera justificar lo que hizo. Por mucho que repitiera que lo odiaba, guardaba una pequeña esperanza. Pero eso no pasara, no hay una explicación, no hay vuelta atrás. No sé porque he venido, soy una idiota.

—Necesito ir al baño —murmuro en cuanto cruzamos la puerta, zafándome de su mano y echando a caminar por el lugar.

—¿Cómo es que ella sabe dónde está el baño? —cuestiona el hombre que nos acompaña.

¡Ja! Si supiera que recorrí este lugar muchas veces, incluso desnuda. ¿Cómo podría olvidarlo? Pero claro, Dominick no parece tener intenciones por contarle y quizás sea mejor así. Justo ahora soy una mujer despechada y loca.

Entro y pongo seguro. Levanto el velo y observo mi aspecto. Mis ojos están rojizos y mi nariz también. Soy un desastre. Abro el grifo y lavo mi cara, intentando ocultar los rastros de lágrimas. Suspiro al ver con detenimiento mi aspecto de novia. Esto es tan irónico. Aquí era donde se suponía estaría aquel día, justo a esta hora, aquí pasaríamos nuestra noche de bodas, aquí comenzaría nuestra vida como marido y mujer.

Niego y retrocedo, dejándome caer sobre la tapa del excusado. Esto ha sido un error garrafal. Todas mis ganas de fastidiarlo han desaparecido. No tiene sentido, voy a morirme y él vivirá, posiblemente muchos años. Debería sentirme bien porque he conseguido lo que quería, pero no me siento nada bien. De hecho

es peor ahora que sé que la ama. Dominick no es de los que se enamoran fácilmente, nunca tuvo relaciones serias antes de mí y lo sé de buena fuente. Sin embargo, se enamoró de esa plástica y ahora lo ha dejado por mi culpa. Es bonita, más que yo y eso duele. ¿No se supone que las rivales son más feas? ¿Quién dijo esa mentira? ¡Qué va!

Busco mi móvil en el bolso y marco el número de Mani. No puedo quedarme de brazos cruzados. Esa no soy yo.

—¡¡Silvia!! —Sonrío divertida al escuchar la urgencia que su voz trasmite. No porque me guste alterarlo, sino porque me hace saber que al menos a alguien le importa lo que me pase.

—Hola, Mani —susurro intentando no llorar de nuevo.

—¿Dónde demonios estás?

—...pasajeros... abordar la puerta 4...

—¿Dónde estás tú? —pregunto sorprendida por la voz de fondo.

—¿Pues donde crees? Acabo de llegar al aeropuerto.

—¿Por qué?

—¿Cómo que “por qué”? No puedo dejarte sola. —Quizás esto era lo que necesitaba, un ángel, como lo ha sido él desde que nos encontramos. Tal vez es la oportunidad de remediar lo que he hecho.

—Necesito un favor.

—¿Qué? Silvia...

—¿Has escuchado de Michel Bali?

—¿Eh?

—Solo contesta.

—Por supuesto. ¿Quién no? Salió en la última revista del conejito...

—¿Tú lees eso? —Eso sí que es inesperado. No me lo puedo imaginar mirando a esas mujeres con poca ropa.

—No tiene nada de malo... deja de reírte... espera, ¿Por qué me preguntas eso?

—Necesito que averigües donde se encuentra en este momento.

—¿Qué? ¿Por qué quieres saber eso?

—Porque necesito encontrarla.

—¿Para qué? Tú no estás en condiciones de perseguir a una modelo, para que te de clases de sensualidad. —Río con ganas ante su ocurrencia. ¿Clases de sensualidad? Eso ni naciendo de nuevo y sería lo último que haría en estos momentos.

—Mani —digo sin poder evitar reírme—. No la quiero para eso. Solo...

—Si no me dices que pasa, no voy a ayudarte. —Resoplo. No me pondrá las

cosas fáciles, pero no tengo más opciones.

—De acuerdo. —Suspiro resignada—. Ella se fue de la iglesia...

—No me digas que lo hiciste. —«Si y ahora me arrepiento».

—Lo arreglaré —afirmo decidida. Suspira. Sé que está en contra, pero no puedo volver el tiempo—. ¿Por favor?

—De acuerdo. —Lo mejor que puedo hacer es intentar arreglar lo que he hecho y así dejar atrás mi resentimiento de una buena vez. Tal vez Mani tiene razón y debo enmendar mis errores ahora que tengo poco tiempo en lugar de buscar venganza y provocar otros.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Recuerdas que te conté que tengo un amigo que la conoce?

—Sí, sí. —En realidad, no. Soy una mala persona, siempre he ignorado sus charlas y creo que esa es otra de las cosas que tengo que remediar. Prometo que si todo va bien, le invitare un café y escuchare sus problemas con las mujeres y su peso, así como su problema de calvicie y su vicio a las papas fritas—. Gracias, Mani.

—¡Hey! Pero tendrás que volver conmigo y si...

—Sí, haré lo que quieras. Pero por favor, encuéntrala.

—Lo haré. No hagas más locuras. Cuídate —dice más serio.

—Lo estoy haciendo. Te lo aseguro.

—Eso espero. Te llamo en cuanto lo tenga.

—Sí, gracias. —Cuelgo y sonrío. No me agrada la idea de verlo feliz, pero tampoco de verlo sufrir. ¿Por qué? Suspiro y entierro el rostro entre las manos. Soy una idiota. Esa es la respuesta.

—¡Sal! —grita golpeando la puerta. «Tan paciente como siempre». Resoplando me pongo de pie y miró mi cara de nuevo. Parezco más normal.

Abro la puerta y le pongo mala cara.

—¿Qué? —pregunto de malas.

—¿Cómo que “que”? ¿Qué tanto haces ahí dentro? —Sí que algunas cosas han cambiado, su mal genio es peor.

—¿Quieres detalles? —Entrecierra los ojos, acercando su cara a la mía.

—No estarás poniendo una bomba, ¿Verdad? —Pongo los ojos en blanco.

—¿Estás loco? Yo también estoy aquí, explotaría contigo.

—¿Qué? —balbucea retrocediendo. ¡Tonto! ¿En serio piensa que haría eso?

—Nada.

—Uhm...

—Mejor dime, ¿Que vamos a hacer?

—¿Quieres que yo te diga? —pregunta volviendo a su versión mala.

—Pues sí, ¿No?

—Si no mal recuerdo, eres tú quien enredo todo.

—¿Yo? —Finjo inocencia, que parece irritarlo más.

—Sí, tú.

—Los reporteros siguen afuera —nos informa su representante—. Así que no pueden ir a ninguna parte, ni tampoco discutir a todo pulmón. —Mira su reloj y niega—. Yo tengo que irme en un rato más, se supone que deben consumir el matrimonio.

¿Consumar?

—¡Yo no voy a dormir con él! —exclamo apartándome de un salto.

—Descuida. Ni loco lo haría.

—¿Qué? —pregunto indignada.

—Suficiente. —Nos corta el hombre—. Estamos aquí por tu culpa. —Me señalada y casi puedo escuchar los pensamientos de Dominick, quien sonrío: “te lo dije”.

—¿Qué? —inquiero molesta, aunque sé que tienen razón.

—Tú interrumpiste la boda.

—¿Lo ves? —farfulla riendo. ¡Lo odio! Quizás debería decirle a Mani que olvide a la modelo y seguir con el plan.

—Así que deja de quejarte.

—Está bien. Pero quiero quitarme esto —digo señalando el vestido—. ¿Qué? —balbuceo al notar su expresión.

—Olvidé traer tu ropa —dice sin pizca de arrepentimiento.

—¡¿Qué?! —pregunto horrorizada.

—Lo lamento. Por las prisas y todo eso.

—¿No hay ropa aquí?

—Sí, pero no es tuya —informa Dominick, cruzándose de brazos. ¡Egoísta!

—Oye no puedo estar vestida así.

—Ese es tu problema —dice encogiéndose de hombros—. No el mío.

¡Idiota!

Miro el techo, recorriendo los bordes, cada una de las esquinas; las ventanas, que tienen un poco de polvo. Todo, intentando no mirarlo. Los minutos son interminables y él no se ha movido del sillón. Ha estado viendo programas de variedades, que no provocan ni la mínima muestra de risa en él. ¿Desde cuándo perdió su sentido del humor? Recuerdo que amaba verlos y que su risa era agradable, natural. Suspiro y desvió la mirada, siguiendo con mi rutina de ignorarlo. Bernardo, el hombre que nos acompañó y que es su manager, se marchó hace más de una hora y nosotros debemos esperar.

—¿Cuándo se irán? —murmuro asomándome a través de la cortinilla. Hay un auto y dos hombres con una cámara.

—Son demasiado pacientes. Créeme, pueden esperar por meses —dice cambiando de canal. Lo sabía. No ha estado viendo en realidad, solo me ignora como lo hago yo.

—Entonces nunca nos iremos —digo con una mueca de disgusto.

¡Qué mal! A esta hora estaría viendo el diario de Bridget Jones y comiendo chocolatinas en lugar de estar aquí con él.

—Cuando caiga la noche vendrá alguien que fungirá como nosotros.

—¿Qué? —No me lo creo.

—Necesitan ver algo —explica con un gesto de mano. Joder.

—Oh. No tenía idea de que se podía hacer eso.

—No es nada comparado con todo lo que se puede hacer para darles a los medios lo que quieren. —Mi móvil suena y casi grito de emoción. ¡Mani!

—¿Si? —contesto emocionada.

—Lo tengo.

—¿Dónde? —pregunto impaciente.

—Está en West Palm Beach. Tiene una casa cerca de la playa.

—¡Lo tengo! —exclamo emocionada, ubicando el lugar del que habla. Fui un par de veces cuando vivía aquí. Un sitio bastante exótico, tanto como ella.

—Te envió un texto con la dirección.

—Gracias, gracias.

—Nada de gracias —dice volviendo a su tono malhumorado—. ¿Dónde te veo?

— ¿Qué?

—No he olvidado lo que prometiste.

—¡Ash!

—No me “ashes”. Tenemos un trato, Silvia.

—Sí, sí. Nos vemos ahí, ¿Te parece?

—De acuerdo. Cuídate —repito con énfasis. Comienzo a cansarme de esa palabra. Como si con ella fuera capaz de cambiar todo. Lo cual, es imposible.

Levanto la mirada y descubro que Dominick me mira. Por primera vez desde que salimos de la iglesia, lo hace. Está inexpresivo, pero me observa con detenimiento. Supongo que ahora se pregunta ¿Qué rayos vio en mí? He subido de peso, bueno, en las últimas semanas baje, pero no tengo el cuerpo que tanto le gustaba. Si es que realmente le gustó en algún momento. El sexo era bueno, mucho, sobre todo al inicio, pero...

—La encontré —digo aclarándome la garganta, mientras guardo el móvil en mi pequeña bolsa. No debería estar pensando en estas cosas.

—¿El qué? —pregunta desviando la mirada, fingiendo de nuevo desinterés.

—A tu prometida. —De golpe su rostro busca el mío.

—¿Estás segura? —Lo sabía, está inquieto por eso y no porque yo esté aquí. De nuevo siento una punzada de desilusión. Seré tonta. No le importo.

—Si. —Entrecierra los ojos y me mira acusadoramente.

—¿Por qué debería creerte? —Será idiota. Ahora quiero arrojarle la bolsa por la cabeza.

—¿Qué? —pregunto dolida.

—Viniste para arruinar la boda. ¿No?

—Sí, pero...

—¿Es otra jugarreta?

—¡No! ¿Acaso no quieres encontrarla?

—No confío en ti.

—¿Perdón? Soy yo quien no confía en ti. —Nos miramos fijamente, mientras un silencio incomodo se apodera de la atmósfera. ¿Por qué tenía que decir eso? ¿Por qué insisto en traer el pasado a colación? Respira, Silvia, respira y termina lo que quieres hacer para poder largarnos de aquí—. ¿Sabes si ella tiene una casa en West Palm Beach?

—¿West?

—Si. Ella está ahí.

—Cierto. Siempre que algo no está bien, va ahí. ¿Por qué no lo pensé antes? —Ver el entusiasmo que le hace saber que la ha encontrado, duele.

Sonríó con amargura y desvió la mirada.

—Genial. Vamos ahí —balbuceo reteniendo las tontas lágrimas.

—No podemos. —Niega, perdiendo el interés—. Ellos siguen afuera.

¡Rayos! ¡No puede ser!

—Dijiste que alguien vendrá, ¿No?

—Sí, pero...

—¿Por dónde entrarán?

—Por la parte trasera... —Parece captar mi idea y sonrío. ¡Demonios! ¿Por qué tiene que seguir tan guapo?

Me aclaro la voz y me pongo de pie, desesperada por ahogar las emociones que despierta.

—Entonces hagámoslo. —Mientras más rápido mejor. No quiero ser testigo de su amor por otra. Debería haberlo superado, pero estaba equivocada.

—¿Qué? —dice sin moverse.

—¿No quieres recuperarla? —Titubea, pero asiente lentamente—. Entonces vamos.

—Te juro que si me estás engañando...

—¡No! Y no me preguntes porque hago esto —murmuro dándole la espalda.

—No voy a darte dinero, Silvia.

Otra bofetada. Dinero. Sigue creyendo que por eso lo hice. Si supiera la verdadera razón, no lo creería.

—Y no lo quiero —aseguro fulminándolo con la mirada, para no ponerme a llorar—. Ni siquiera tendría tiempo para gastarlo —murmuro con ironía.

—¿Qué?

—Nada. Solo vamos, antes de que me arrepienta.

Sinceramente comienzo a preguntarme si la enfermedad ha afectado mi cabeza.

Dominick abre la puerta y examina los alrededores. Me indica que salga y rápido nos movemos por el jardín trasero. Miro la barda y mi valentía se esfuma.

—No podré —digo moviendo la cabeza, al tiempo que retrocedo. Es demasiado alta y con el vestido de novia...

—Esta es tu idea. No puedes retractarte —me reta juntando sus manos y poniéndolas delante de mí—. Sube.

—Pero...

—Vamos. Podrían vernos. —No me parece, pero tengo que hacerlo. Apoyo mi pie en sus manos y me impulso—. ¡Mierda! —gime empujando mi trasero con ambas manos.

—¡Oye! —gimoteo doblada sobre la cima del muro. «Esto es patético. ¡Oh Dios bendito! Que nadie me vea por favor».

—Solo sube.

¡Joder! Está tocando mi trasero, por entero. Eso es ser aprovechado.

Con un patético movimiento consigo pasar y caer.

—Me has tocado —me quejo mientras lo veo aterrizar.

—¡Por favor! —dice con sarcasmo—. No es algo que cuente. —Abro la boca, pero no protesto. Tiene razón. El trasero de la plástica es mucho más grande que el mío. Me siento humillada y cabreada.

—Muévete —gruño. Echando a caminar.

—¿Y ahora? —pregunta alcanzándome sin problemas. ¡Lo odio!

—Tenemos que rodear para salir al camino. —La cabaña se encuentra al fondo de una desviación, a unos kilómetros de la carretera.

—Espera un segundo. —Me frena poniéndose delante de mí—. ¿Estás diciendo que iremos en camión? —pregunta escandalizado.

—Por supuesto —digo encantada ante su expresión—. No me digas que

ahora que tienes dinero no usas transporte público. —Pone los ojos en blanco y tira del cuello de su traje.

—Por si no te habías dado cuenta. Estamos vestidos como novios.

—¿Y? —pregunto despreocupada. Lo único que quiero es no verlo más—. Vamos de paseo de bodas.

—Alguien podría reconocerme —afirma arrugando el ceño.

—No creo que seas tan famoso. —Eso es mentira después del episodio del hotel, pero no le daré el gusto de presumir.

—Realmente no ves televisión, ¿Verdad? —Me encojo de hombros, provocando que se irrite más.

—¿Quieres o no encontrarla?

—Está bien —gruñe poniéndose en marcha—. ¡Dios! —farfulla negando—. No sé porque te escuche, es una locura.

—Deja de quejarte, solo camina, ya falta menos. —Tomo los bordes del vestido que me dificultan caminar y me adelanto. Pero las piedritas no ayudan y menos con estos estúpidos zapatos. Son más cómodos que los míos, pero tienen un tacón más alto, una verdadera tortura. Mataría a quien los inventó, en este momento—. No estarás riéndote por casualidad de mí, ¿Verdad? —inquiero al notar que hace sonidos y se cubre la boca.

—No —asegura con voz nasal. ¡Idiota!—. ¿Necesitas una mano? —pregunta con tono socarrón.

—No. —Doy un mal paso y su mano me sujetan con fuerza, antes de que caiga.

—Creo que si necesitas una mano —murmura con una sonrisa.

«¡No puede estar pasando esto! Mi corazón se ha acelerado y siento mariposas en mi estómago. ¡No! ¡No! Yo no puedo seguir enamorada de Dominick. De ninguna manera».

## 6. Efímero

¿Por qué me enamoré de Dominick? Nunca antes me lo planteo y eso que vivimos juntos más de un año y que nuestra relación como novios duró casi 3 años. Pero ahora, a mitad de la nada, vestidos de novios y con su mano en mi cintura se porque me enamore. Su sonrisa y esa mirada tan intensa. La misma que me regaló cuando nos conocimos. Él alguna vez mencionó que había sido amor a primera vista, cuando sus amigos le preguntaron cómo fue que se enamoró de mí. Aquella fue la respuesta más romántica que jamás imagine escuchar y la que me convenció de que era el indicado para dar el sí.

—No —aseguro apartándome. Olvidándome de los recuerdos traicioneros que me confunden.

Retrocedo y me inclino, quitándome los zapatos. ¿Qué cosas estoy pensando? Esto no está bien.

—¿Estás loca? —pregunta horrorizado.

—Sí, lo estoy —murmuro de malas, echando a caminar.

—Silvia.

—Solo camina —mascullo sin detenerme.

—Te harás daño. —Si te miro, más me lo haré. No puedo seguir queriéndolo, ¿Verdad? Bueno, supongo que sí. Por eso no he dado vuelta a la página, pero no puede ser. Justo ahora buscamos a su prometida, a la que ama y con quien seguramente una vez que se arreglen las cosas se casara. Me pregunto, ¿Cómo se enamoró? ¿Fue a primera vista? ¿La quieres más de lo que me quiso?

—¿Por qué no negaste lo que grite en la iglesia? —pregunto cambiando de tema. Se adelanta y se inclina delante de mí.

—Sube.

—No...

—Sube o te llevo en brazos. Tú decides. —¡Mierda! Dudosa observo su espalda. No es buena idea. No debería.

—Pero...

—Sube. No te confundas, simplemente no soy un gilipollas para permitir que camines descalza. —Buena respuesta.

—Opino lo contrario. —Vuelve la mirada, fulminándome—. Está bien, está bien. —Paso mis manos por su cuello y tirando de ellas, me hace caer por completo sobre su espalda. Se pone de pie, pasando sus manos por debajo de mi

trasero. Cierro los ojos, ignorando lo que siento.

—Has subido de peso —murmura levantándome.

—Deja mi peso en paz —protesto y siento como ríe—. ¿De nuevo riéndote de mí?

—No —afirma sin ocultar su risa. Por alguna razón, me contagia y yo también sonrío.

Esta es la peor de las locuras que he hecho desde que tengo uso de memoria. Ni siquiera cuando me escapé para ir al concierto de Bon Jovi, resulto tan alocado. Y eso que casi terminamos en la cárcel. Eso sin contar lo confusa que me siento ante la situación. Quizás es solo el recuerdo de los viejos tiempos lo que me agita. Daría todo porque fuera así y no lo que estoy pensando.

—¿Sabes que tardaremos más de una hora en llegar? —dice en voz baja.

Sonrío ante su expresión de pánico. No deja de mirar al resto de los pasajeros, que son completamente ajenos a nosotros. Salvo porque al vernos subir, nos vieron con admiración o con una risilla divertida, ahora han perdido interés y se dedican a lo suyo. La mayoría a dormir.

—Sí, lo sé —digo cruzándome de brazos y recostándome en el asiento—. Solo disfruta el viaje, señor Dominick. —Pone los ojos en blanco y niega.

Son las 5 pm. Tengo dos horas para resolver esto y tomar mi vuelo de regreso a casa. De donde no debí salir.

Su cabeza golpea por tercera vez mi hombro. Se ha quedado dormido desde hace un rato. Me he divertido viéndolo mecerse de un lado a otro, pero creo que será mejor dejarlo así o continuara moviéndose.

¡Dominick! ¡Dominick! Realmente tengo curiosidad por saber qué fue lo que pasó aquel día. Pero él parece haber perdido el interés. No ha mencionado nada. No ha mostrado interés en dar una disculpa, ni siquiera un gracias por ayudarlo. Nada.

No debería estar haciendo esto, pero creo que él es mi último pendiente y como lo más probable es que esta sea la última vez que nos veamos, no quiero que cuando escuche mi nombre tenga ganas de maldecirme, por haberle arruinado la vida. Como yo lo hago todos los días. Así que debo hacer que las

cosas se solucionen con la plástica y poder irme en paz.

En paz... hasta ahora no había pensado seriamente en eso. Ni siquiera cuando Mani lo dijo, pero supongo que debo comenzar a hacerlo. Cierro los ojos, luchando con las ganas de llorar. ¿Qué diría si lo supiera? ¿Me pediría perdón? ¿Mentiría y me diría que realmente me amó? No, es mejor no saberlo. He agitado demasiado el pasado, no debo hacerlo más, eso solo iría en mi contra.

El rítmico contoneo del transporte y el peculiar ronroneo, me devuelve la consciencia. El peso de su cabeza en mi hombro hace que me ponga rígida y que mi primer impulso sea alejarme, pero me contengo, dándole una mirada de reojo, confirmando que parece seguir tan fuera de combate. Intento mantenerme lo más quieta posible, incluso conteniendo la respiración. Mis ojos escanean con lentitud y a detalle cada centímetro de su cara. Ha cambiado, los años han hecho madurar y embellecer sus rasgos, como si alguien como él necesitara que le beneficiaran.

Pero en medio de toda esa belleza masculina, veo el cansancio, bolsas discretamente ocultas, por lo que sospecho, es un poco de maquillaje, que ahora con la relajación de su cuerpo resultan más notorias. Eso y el hecho de que ni siquiera es consciente de su posición, me hacen saber lo agotado que está.

Lo imagino. Pienso con amargura al recordar todo lo estresante que puede resultar preparar una boda.

Mi amargura sale a flote, especialmente porque recuerdo sus últimos comentarios y porque estar así, de este modo tan íntimo, tan familiar, a pesar de que no debería ser así, evoca todas esas tardes que pasamos juntos. Todos los momentos compartidos, recostados en aquel desgastado sillón, viendo alguna tonta película, que la mayoría de veces escogía yo y de las cuales ni siquiera prestaba atención. Siempre terminaba dormido, exactamente del mismo modo que se encuentra en este instante o en mis piernas. Fuera lindo...

Los ojos se me llenan de lágrimas y reteniendo el aliento, me esfuerzo para no llorar, sería en muchos sentidos vergonzoso. Lo que fue, ya no será. No tiene sentido seguir pensando en ello. Especialmente, porque ahora mismo vamos en busca de la mujer que debería estar celebrando su luna de miel y no estar conmigo en ese bus.

Una ligera sacudida parece hacerlo salir del sueño y torpemente cierro los ojos, echando la cabeza al lado opuesto de la suya, fingiéndome dormida. Lo siento apartarse y moverse, antes de que su mano sacuda mi brazo.

—¿Qué? —murmuro intentando aparentar estar somnolienta.

—¡Maldición! Nos hemos pasado —gruñe saltando del asiento, no sin antes mirarme con disgusto—. ¡Bajan! —grita moviéndose por el angosto pasillo, ganándose algunas miradas.

Justo lo que necesitamos. Cómo si ser una pareja vestida de novios no fuera lo suficientemente llamativo.

—No puedo creerlo —refunfuña pateando el suelo. Entre habernos quedado dormidos y los minutos que permanecí observándole hemos terminado bastante lejos de donde debíamos bajarnos—. ¿Acaso no estabas tú despierta?

—¿Eh? ¿Y tú qué? ¿Acaso soy la única que debía estar al pendiente? —me defiendo.

—Es lo menos que deberías hacer, después de tu teatro. —Me quedo pasmada. ¿Teatro? Increíble. Me rio nerviosamente y acelero mis pasos. «¡No llores, Silvia, no le des el gusto!». Lo escucho suspirar y seguirme, eso hace crecer mi malestar—. Sil...

—Si dices una palabras más, te mato —lo amenazo sin frenar. «Soy una tonta. Debería mandarlo a la punta del cerro y olvidarme de todo».

¿Malos momentos?

Si, como todas las parejas, los tuvimos. Justo ahora recuerdo el día previo a la boda. Su llamada urgente y las exigencias de mi jefe; después su salida indignada de la habitación. ¿El problema? Mi falta de interés en los preparativos de nuestra boda. Algo totalmente falso, desde mi punto de vista. No era desinterés, porque si hablamos de desinterés, fue él quien no pudo acompañarme a degustar el menú del banquete, ni a elegir el salón y mejor no mencionar la elección de las invitaciones.

Yo nunca reclamé nada, porque sabía que su trabajo era importante, pero él no opinaba lo mismo respecto al mío. Sin embargo, tenía demasiado trabajo que atender y simplemente lo ignore, eso lo enfureció y jamás imaginé que no

volvería a verlo hasta el día de hoy. Recuerdo lo que dijo: “si no eres capaz de entenderme ahora, no sé qué pasara cuando las cosas vayan mejor”. Nunca entendí a qué se refería. Aunque como tantas cosas... ya no importa.

—Silvia...

—Cállate —repito alejándome aún más de él.

Error, ciertamente este ha sido uno de los peores.

Por segunda vez, me cuestionó mis decisiones y el hecho de seguir intentando ayudarlo.

—Llegamos —digo mirando la elegante casa. Tiene una fachada impresionante. Parece una de esas casas que salen en las revistas de famosos. Tonta. Supongo que es una de ellas. Después de todo, la plástica es una celebridad. ¡Aja! Solo por desnudarse ya se considera una. Que mal está el mundo.

Para mi sorpresa, Dominick introduce el código y la puerta se abre. ¡Vaya! Ha estado aquí y mejor ni me imagino haciendo que cosas.

—Vamos —dice indicándome que pase.

—¿Qué? —pregunto retrocediendo.

—Tienes que decirle que fue todo mentira.

—Oye... ese no era el trato. —No, no creo poder hacerlo. Han sido demasiadas emociones por un día, ya no tengo valor para seguir fingiendo que nada me afecta. Soy masoquista, pero esto me supera.

—Entonces, ¿Qué esperas que diga? —cuestiona molesto.

—Pues, no lo sé. Ese es tu asunto no el mío. —Se acerca y me toma del brazo—. Dominick...

—Vamos —dice fulminándome con la mirada.

—Está bien, pero suéltame. —Me pone mal que me toque. «Creo que realmente me falta un polvo. Ese debería ser mi último deseo». Me mira receloso, pero me libera. Me encantaría echarme a correr, pero no lograría llegar muy lejos con estos zapatos y terminaría haciendo el ridículo. Además, mientras más rápido termine, será mejor. Aunque no tengo idea que diré.

Entramos y cruzamos el patio hasta llegar a la puerta de la casa. Gira la perilla y entra. Todo es tan exuberante y lujoso. Pero lo que capta mi atención, es la ropa que esta por el piso. El vestido de novia que llevaba plástica y... ¡Demonios!

—Creo que... —Dominick me ignora y avanza a toda prisa. Los ha visto. Los

pantalones de hombre que están junto al vestido. ¡Ay no! Que no sea lo que estoy pensando, por favor.

—¡Michel! —exclama corriendo como loco por las escaleras. ¡No! ¡No! Esto no puede estar pasando. No.

Lo sigo torpemente y cuando estoy a unos pasos de la puerta que ha abierto, escucho gritos. ¡No!

Me asomo y descubro a la plástica en la cama, desnuda... con otro. ¡No puede ser! Dominick está petrificado, totalmente inmóvil delante de la cama. Parece que le dará algo, sus ojos casi salen de sus cuencas y su pecho sube y baja demasiado rápido.

Quiero morirme. Esto no debería estar pasando, este no era el plan.

¡O sea! Ella debería estar destrozada, llorando porque descubrió que su prometido tenía otra mujer y que tendría un hijo... ¡Mierda! ¿Esto es mi culpa? ¡No! ¿Cómo iba a saberlo?

—¿Cómo...? —balbucea Dominick. La plástica se alisa el pelo sin mostrar una pizca de culpabilidad.

—¿Cómo pude? —pregunta con una sonrisa, la misma que mostró cuando entró en la iglesia. ¡Maldita farsante!—. Así como tú pudiste —asegura mirándome. Quiero morirme.

—Yo... —susurro aterrorizada.

—¡Cállate! —grita Dominick como poseído. Dejándome de piedra. Joder. Me ira muy mal después de esto—. Eso no te justifica, Michel. Nada lo hace —afirma negando—. Y tú, ¿cómo pudiste hacerme esto? —pregunta al tipo. Ahora que lo veo con atención, recuerdo haberlo visto en la iglesia. ¿Quién es?

—Dominick... —balbucea con el rostro rojo. Parece que al menos tiene un poco de consciencia, a diferencia de la plástica.

Dominick niega y comienza a reír, una risa nerviosa, falta de emociones buenas. Resulta demasiado desconcertante.

—¡Soy un estúpido! —exclama sin dejar de reír. ¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto loco? Nunca antes lo había visto así—. ¿Cómo no me di cuenta antes? —dice señalándolos—. ¿Desde cuándo me han estado viendo la cara? —Esto es totalmente irreal. Quiero irme, no puedo ver el dolor de Dominick. Pero tampoco puedo dejarlo solo, está al borde del colapso. Podría hacer una locura. ¡Maldita plástica! Lo ha estado engañando. ¿Debería golpearla?

—Exacto. Eres demasiado estúpido —canturrea ella con cinismo. ¡De verdad quiero asesinarla!

—¿Por qué? —cuestiona mirándola con pesar. ¿Cómo puede seguir queriéndola después de esto? De acuerdo, es una pregunta estúpida, porque justo estoy haciendo lo mismo.

—Fácil. Por tu dinero. ¿Realmente creíste que todas tus cursilerías me gustaban? No tienes idea lo cansada que estaba de fingir que te quería. Creo que lo mejor que pudo pasar es que ella llegara y evitara que arruinara mi vida con alguien como tú. Debo agradecerte —dice apuntándome.

¡No! ¿Por qué ha dicho eso? Ahora soy la culpable.  
Dominick niega y sale furioso.

—¡Dominick! —grito corriendo detrás de él. No me escucha, sigue hacia la salida. Apresuro mis pasos y logro alcanzarlo en la entrada—. Espera... —Se frena de golpe y casi choco contra él.

—¿Esto era lo que querías? —pregunta fulminándome con la mirada. ¿Querer? ¿Qué está diciendo?

—No... yo... —¿Qué digo? Aparentemente todo apunta a que lo he planeado, pero no tenía idea. Por Dios, si hubiera sabido nunca lo habría sugerido.

—¿Este era tu plan desde el principio? ¿Por eso insististe tanto en que viniera? —¿Qué? Ay no.

—No...

—¡Cállate! —grita furioso acercando su rostro al mío. No me gusta su mirada—. Sigues siendo la misma, Silvia. —Sus palabras me impactan, aturdiéndome. ¿La misma? ¿A qué se refiere?—. ¿Sabes por qué no me case contigo? —«¡No! No quiero saberlo. No ahora». Niego tratando de retroceder, pero retiene mi brazo, obligándome a permanecer quieta—. Porque siempre fuiste egoísta.

—Eso no es verdad —susurro con un nudo en la garganta.

—Y porque nunca aceptabas tus errores, como ahora.

—No digas eso.

—Afortunadamente, me di cuenta que no deseaba arruinar mi vida con alguien como tú. Me di cuenta que no te amaba. —Siento los ojos arder y soy incapaz de retener las lágrimas—. Siéntete satisfecha —exclama levantando los brazos con una sonrisa amarga—. Tienes tu venganza. Arruiné tu boda como dijiste, tú has arruinado mi vida. Espero nunca volver a verte. —Se da la vuelta y se marcha. Dejándome destrozada por segunda vez, llevando un vestido de novia.

Esto no puede estar pasando. ¡No! ¡No! No puede ser cierto lo que ha dicho.  
Está enojado, si, es eso... no debo creerle... ¡No! ¿De verdad nunca me amó?

## 7. Realidad

Mantengo la mirada fija en la calle, por donde su figura ha desaparecido hace bastante rato. El viento me hace recordar mi estado. Limpio mi rostro y obligo a mis pies a moverse. Ha terminado. Para bien o mal todo está dicho. ¿Quería la respuesta? Ahora la tengo, no hay nada más que decir. Sorbo con fuerza y me obligo a poner una sonrisa. Es hora de regresar.

Quizás después de todo lo que me ha pasado, creo que tengo un poco de suerte. He llegado al aeropuerto, justo cuando anunciaban mi vuelo. Así que pronto estaré en mi piso, en la comodidad de mi cama y esto quedara como un extraño recuerdo. Sí, eso es, solo algo que olvidar. De todos modos, no creo que dure demasiado. Sonríó con pesadumbre y sacudo la cabeza.

Me acomodo en el asiento, ignorando las miradas extrañas que el resto de los pasajeros me dedican. Deben pensar que estoy loca. La chica abordaje revisó dos veces mi pasaje y documentos, buscando un fallo para no permitirme subir. Sigo llevando el estúpido vestido de novia, que ahora está sucio y desalineado, seguro mi aspecto es deplorable. Eso sin contar he llorado un poco después de que se marchara y me dejara botada. Muy a mi pesar, he vuelto a derramar lágrimas. No lo culpo o quizás sí. No tengo idea. Estoy en una nebulosa que me mantiene en movimiento por instinto. El impacto de sus palabras aun hace eco dentro de mí. El motivo que siempre quise conocer, ha resultado peor de lo que imagine. Enojado o no, ha dicho lo que tanto temí. ¡Nunca me amó! Suena absurdo después de todos los momentos que pasamos juntos, de esas sonrisas, de esas largas noches, de todos los momentos juntos, pero no es más que la realidad, mi realidad. No hay culpas, ni resentimientos. No más. De todos modos, yo lo busque, ahora tengo que aceptarlo. No queda nada, porque nunca existió. Tan simple como eso.

Debería sentirme agradecida. Al abandonarme evitó que me convirtiera en una esposa engañada, porque seguro habría tenido una amante y quien sabe, todas mis amistades lo sabrían mientras yo viviría en una mentira...

—No vale la pena, mi hijita —dice la mujer sentada a mi lado, ofreciéndome un pañuelo. Debe creer que me han plantado, aunque irónicamente me siento justo como aquel día, quizás peor, porque ahora conozco los motivos de su

acción y eso es mucho peor que imaginarlo—. Toma —insiste colocándolo en mi mano. Ver su expresión compasiva y el paño que sostiene hace efecto en mí. Me rompo en sus brazos como una niña pequeña—. Tranquila —susurra con ternura acariciando mi espalda—. Déjalo ir.

Sí, eso es lo que debo hacer. Dejarlo ir.

Ojalá que mi madre me hubiera consolado de esta forma, ojalá me hubiera apoyado, pero no, ella dijo lo mismo que Dominick: «Eres demasiado egoísta». ¿Qué hice mal? No lo comprendo. No tengo idea. No lo sé.

Sollozo ruidosamente dejando que todo lo que he contenido a lo largo del día salga en forma de gotas saladas que mojan su vestido y expresan lo rota que me siento.

—¿Estás segura que quieres que te dejemos aquí? —pregunta de nuevo asomándose por la ventanilla del auto, mirando las puertas del cementerio que se encuentra a mi espalda.

—Sí. Muchas gracias por todo y perdón por su vestido y por incomodarla.

—De eso nada, cariño. —Esta mujer es un auténtico ángel. Uno muy grande. Además de consolarme, se ofreció a llevarme a la casa, pero no me apetece ir ahí ahora. Antes necesito hablar con alguien y esa persona está detrás de esa puerta—. Cuídate y olvídale. Un hombre que hace llorar, no vale la pena.

Sonrío muy a mi pesar. Sí, no lo vale, pero eso no lo entiende mi corazón, ni mi cabeza. ¿Qué puedo hacer?

—Lo sé. Gracias. —En algo tiene razón. Lo mejor es olvidarlo. Sería lo más sensato, aunque lo más triste es que justo quiera comenzar a hacerlo.

Sonrío mientras se acomoda en el asiento y agita su delgada mano. El chofer pone en marcha el auto y pierdo de vista su rostro. Veo desaparecer el vehículo y solo entonces me giro, observando las puertas de metal.

Es casi medianoche y desde luego está cerrado con llave. Tendré que saltar la barda, pero con estos horribles zapatos será toda una odisea. Si me viera haciendo esto seguro se echaría a reír. La extraño tanto. Me acerco a la parte baja del muro y trepo con dificultad, es la segunda vez en el día que actúo como una

delincuente. ¿Quién lo diría? La correcta y estirada Silvia actuando como un criminal.

Logro pasar y el viento hace estremecer mi cuerpo, pero no doy marcha atrás. Esta es una de las últimas cosas que necesito hacer.

Hay muchas sepulturas y de noche no es tan agradable, pero es la única persona a la que le puedo contar como ha terminado mi estúpido viaje y lo patética que me siento.

—Lo siento —me disculpo con la tumba que he pisado al caer.

Localizo el camino principal y acompañada del sonoro eco de mis zapatos me dirijo hacia la tumba de mi abuela. La noche ha refrescado y tengo que frotar mis brazos.

¿Habrá fantasmas? ¿Me convertiré en uno cuando muera? Es extraño. Hace una semana tenía asumido todo, pero ahora no me siento tan segura. Tengo miedo. Más del que me gustaría aceptar. Creo que ahora me gustaría creer en los milagros que tanto menciona Mani, a pesar de que posiblemente no lo merezca.

—Hola —murmuro acariciando el ángel que se encuentra sobre el sepulcro—. Espero no incomodarte, pero no tengo nadie a quien acudir. —Si voy con Mani me reprenderá y me internara en la clínica. Sé que lo hará en cuanto me vea, así que es mi última noche libre. ¡Y vaya noche! Me acomodo sobre mármol y llevo mis rodillas al pecho—. Lo he visto —digo recordando su expresión al pie del altar y cuando salí de la habitación, llevando el vestido puesto—. Y no ha terminado nada bien, ¿sabes? —Apoyo mi mejilla en mis piernas y miro la leyenda de la tumba «Siempre amada, nunca olvidada». Supongo que no tendré una tan linda como esa—. ¿Tú crees que fui egoísta? —Eso sigue molestándome—. Lo admito, fui soberbia, puede que un poco pesada, pero... lo amé de verdad y sinceramente deseaba que funcionaran las cosas. Quería hijos —admito por primera vez, cediendo terreno al dolor—. Quería envejecer a su lado y reñir cuando no tomara sus medicinas... —mi voz se rompe, recordando sus hirientes palabras y nuestra última discusión.

\*\*\*

—Estás bromeando, ¿Verdad? —pregunté de mala gana y sin molestarme en

mirarlo, a pesar de saber cuánto lo molestaba. Eso estuvo mal de mi parte, lo reconozco, pero no era un buen día.

—¿Te parece que es una broma? —cuestionó manteniendo la calma. Dominick siempre fue bueno en eso y desgraciadamente yo no. Siempre explotaba, como lo hice ese día.

Nunca pensé que organizar una boda fuera tan complicado. Detalles por aquí y por allá, estaba cansada. Mi madre y hermana no ayudaron, y ni hablar de mi suegra y cuñada.

—¡Por Dios, Dominick! Mañana es la boda —exclamé arrojando los documentos con violencia sobre la mesa, alterando aún más las cosas.

—Solo quiero que me acompañes a esa reunión —insistió con un poco menos control—. ¿Es demasiado pedir? —No, no era demasiado. Yo sabía que era importante para su negocio, lo había dicho, pero tenía miles de cosas que dejar listas para poder irme de luna de miel. En aquel momento me pareció injusto que lo reprochara. Yo había perdido varios días organizando la boda y él no parecía tomarle importancia. Era algo que involucraba a ambos, tenía que vivirla como yo.

—Mañana es la boda —repetí con cansancio—. No puedes estar hablando en serio.

—Silvia. Solo será un par de minutos, es importante.

—No puedo ir. Ve tú, si quieres. —Me gire dándole la espalda y condenando nuestra boda. Ahora lo veo. No solo mis palabras, mi gesto.

—Realmente no te importa nuestra boda, te importa más tu estúpido trabajo —dijo con amargura.

—A quién no le importa nuestra boda es a ti, y pienso exactamente lo mismo. Te importan más tus negocios que nosotros. —No dijo más, se fue y yo lo deje marchar.

Estaba molesta, estresada y nerviosa. Lo deje pasar, como las últimas discusiones que tuvimos. ¿En qué momento nos volvimos tan distantes, cómo para que no me diera cuenta?

\*\*\*

—Creo que tiene razón, abue. Yo eche las cosas a perder. —La nariz me gotea, paso mi mano creyendo que solo son productos de mi llanto, pero descubro el color rojo sobre mi piel. ¡Sangre! ¡Oh no!

De nuevo toco mi nariz y confirmo que el líquido continúa fluyendo. Debería sentirme alarmada y llamar a Mani. Esto es malo, se pondrá furioso. Ha dicho

que cuando la sangre aparezca, significa que la situación ha empeorado. Tanto ha insistido, repetido, pero no tengo fuerzas y no estoy preparada para estar en una cama de hospital. Aún hay algo más que tengo que hacer. Tomo un pedazo del vestido, lo rasgo y limpio mi nariz.

Tras un momento, creo que ha dejado de salir. Guardo el pedazo de tela en mi bolso. Ya encontrare un bote donde arrojarlo. Sería muy malo dejarlo botado por aquí.

—Me gustaría pedirle perdón, pero él no quiere verme —digo con una sonrisa amarga, recordando sus palabras y su expresión—. Pronto nos veremos, abue. Pronto.

La noche avanza y el frío cala hasta los huesos. Es hora de marcharme. Con un par de palabras me despido y me dirijo a la salida. Los cementerios son los lugares más tranquilos que existen, a pesar de ese toque lúgubre que tienen.

—¡¡Mi madre!! —Miro al hombre horrorizado que tengo a un par de metros delante de mí y que tiembla de pies a cabeza.

—¡Bu! —digo en forma de broma.

—¡No por favor! —grita y sale disparado, sin importarle su linterna que descansa sobre el suelo.

—¡Dios mío! Casi me da un infarto —se queja el guardia mirándome con gesto molesto y sujetándose el pecho.

—Lo siento —digo sin contener la risa. Ha sido divertido verlo correr e intentar encerrarse para no verme.

—No es gracioso, señorita.

—No me río de usted —aseguro moviendo la cabeza—. Sino de mí. La llorona —repito lo que ha dicho que pensó que era.

—Es que, ¿Qué hace aquí a esta hora y vestida así?

—Larga historia. —Lo último que quiero es recordar como he terminado así—. Lamento haberlo asustado.

—No fue así —dice avergonzado—. Solo me tomó por sorpresa.

—Claro.

Este hombre es agradable. Me cuenta de sus experiencias sobrenaturales y sobre los pillos que gustan de hacer fechorías en las tumbas. Pero repite, que no tiene miedo. Cosa que no es cierta. Solo recordar su cara, me dan ganas de reír otra vez. Algo que creí imposible esta noche.

Me acomodo debajo de las sabanas. He terminado de hacer lo que faltaba y ahora solo quiero descansar. Mañana Mani me dará un buen jalón de orejas.

Ignacio. Así se llama el guardia del cementerio. Aun no dejo de sonreír al recordarlo. Ha sido un día extraño, pero no el peor. He conocido a dos extraños que de cierta forma me han hecho olvidarme del resto del día. Creo que no ha estado tan mal. Aunque no sé cómo enfrentare los que vienen, tengo una disyuntiva, no estoy segura si me gustaría que fueran bastantes o pocos. Morir debería ser fácil, porque se deja de sufrir, pero no deja de dar miedo.

—¿Quieres más? —pregunto a Lazi, quien termina de lamer su plato de comida.

He ido a recogerla a primera hora y también a pedirle a la señora Ibex del refugio de mascotas, que busque un nuevo hogar. No solo porque estaré internada, sino porque algo me dice que el tiempo juntas se ha agotado, justo esta mañana he tenido otra recaída. Voy a echarla mucho de menos, ha sido la mejor compañía que pudiera tener. Además, con ella nunca he sido egoísta, todo lo contrario, la he mimado demasiado. Mi pobre pequeña, ¿me extrañarás?

El timbre suena, sacándome de mis pensamientos. Debe ser Mani. ¡Dios, dame paciencia!

—M... —¡No puede ser! Las palabras mueren en mis labios. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo me ha encontrado?

Retrocedo, sin dar crédito a lo que veo.

—Hola —dice incómodo.

—Dominick —murmuro, componiendo un poco mi expresión, que debe ser un poema.

—¿Puedo pasar? —En mi mente, me veo azotándole la puerta en las narices o golpeando sus pantorrillas o partes nobles... Pero quizás este sea nuestro último encuentro. Uno imprevisto y que no he planeado. Además, es un hecho que me gustaría escuchar su voz por última vez.

—Claro. —Me hago a un lado y entra. Sus ojos recorren el pequeño espacio y

su atención se centra en mi pequeña—. ¿A qué has venido? —inquiero sin amabilidad. Cierro la puerta y miro mi imagen en el pequeño espejo sobre la pared. ¡Mierda!

Rápido tomo un pañuelo y limpio la sangre. ¿Por qué no deja de salir?

—Bueno... quería hablar contigo. —Se gira y me mira— ¿Estás bien?

—Solo un poco resfriada. Deberías marcharte —digo con brusquedad. Creo que esto empeorara y no quiero que me vea así—. ¿Acaso no terminaste de decir todo lo que querías? —A pesar de que limpio, continuo sintiendo como el líquido resbala por mis fosas nasales. Esto es muy malo. ¡Por favor, vete!

—No es eso... —La puerta se abre y Mani aparece. ¡Joder!

—Silvia... —Su voz y expresión se congelan y mira con curiosidad a Dominick, quien parece tan sorprendido como él—. ¿Quién es tu amigo? —¿Qué hago? No le gustara saber que ha venido. Yo no lo he traído, pero...

—Soy Dominick Becher —se presenta extendiéndole su mano, antes de que pueda pensar algo.

—¿¿Eres Dominick?! —exclama Mani demasiado alto. Quiero reprenderlo por su indiscreción, pero mi visión se nubla y me tambaleo—. ¡Silvia! —Me sostiene y sus ojos van directo a mi nariz—. ¡Dios!

—Lo siento —balbuceo arrepentida por su expresión. Esto no podría ser peor.

—¿Desde cuándo? —inquiere recostándome sobre el piso, tomando su móvil.

—Anoche. —Gruñe frunciendo el ceño.

—¿Por qué no me dijiste? Debías llamarme.

—Lo siento, Mani —repito sintiendo como todo se torna negro.

—¿Silvia? ¿Silvia? —¿Qué horror! ¿Por qué Dominick tenía que ver esto? Trágame tierra, pero ya.

Hay sonidos molestos, voces y movimiento, pero lo que me conforta, es la sensación de su mano sobre la mía. ¿Es posible? No, quizás es un sueño, aunque parece tan real.

—¿Silvia? —Parpadeo un par de veces y confirmo con tristeza mis pensamientos. Es Mani quien sostiene mi mano. Su cara está roja y sus ojos cristalizados.

«¡Demonios! Ha llegado la hora. Tengo tanto miedo». Nunca se lo dije, pero siempre le he tenido miedo a la muerte. De niña me aterraba pensar que moriría, solía inclinarme por las muertes espontaneas, sin anuncio.

—Hola —susurro con una voz que no parece la mía. Algo que confirma mi

teoría. Me he gastado un mes en unas horas. ¡Qué tonta he sido!

—No debiste ir —dice con tristeza.

—Lo sé —conuerdo sorprendiéndole. Siempre le llevo la contraria, pero ahora estoy de acuerdo. Nunca debí ir—. Fue un error —digo con la voz rota.

—Silvia. —Me mira alarmado, pero niego.

—La ama. —Eso es lo que más me duele, más que el hecho de saber que nunca me amó o que fui egoísta—. Dominick se ha vuelto a enamorar y yo sigo amándolo como tonta.

—Lo siento.

—Él pudo hacerlo. Se enamoró de nuevo. —Las lágrimas fluyen por mis mejillas al darme cuenta de mi triste verdad—. ¿Por qué nunca pude enamorarme de nuevo? ¿Por qué? —pregunto entre sollozos. Sin esperar una respuesta. El espacio para respuestas se agotó.

No es un reproche, sin embargo no puedo evitar que me duela. Volverlo a ver me ha hecho entender que jamás pude olvidarlo, ni siquiera en mi lecho de muerte he dejado de hacerlo, no obstante, su corazón es de alguien más. Él se enamoró de otra.

—Lo siento, Silvia. —Muevo la cabeza. No es su culpa.

Hay cosas que no está en nuestras manos controlar y los sentimientos son una de ellas. Eso y la muerte.

—Gracias, Mani —digo sinceramente, agradecida por esos buenos momentos, por todos sus intentos de animarme y darme esperanzas.

—No —niega mordiéndose los labios para no llorar. No quiero que lllore, pero necesito agradecerle todo lo que ha hecho por mí, a pesar de que no lo merecía.

—Sí, Mani. Gracias por todo. Eres el mejor hombre y mereces encontrar a alguien que quiera. —Continua negando mientras las lágrimas asoman en sus ojos—. Te daré un consejo, sal a correr todas las mañanas y lograras bajar de peso. También pueden reducir el número de donas. Hazlo por ti, no por los demás. Olvídate de las plásticas, busca una chica que te quiera por lo que vales y no por lo tienes. ¿Si?

—Lo haré —afirma limpiando sus mejillas.

—Hay algo en mi habitación. ¿Podrías hacer lo que te pido? Es lo último que...

—Sí, sí —repite interrumpiéndome.

¡Perfecto! He cumplido. Todo está hecho.

Mis ojos se cierran lentamente y mi cuerpo se siente raro, ligero, en calma, paz. No duele, como esperaba. Esto se siente extraño, es como si tuviera mucho

sueño. Mani llora sin contenerse más y dice algo a la enfermera. Me gustaría decirle que no lo haga, porque estaré bien, porque ha dejado de doler, pero no puedo hacerlo. Mi voz no sale y mis parpados pesan demasiado. Lo único que lamento en este momento, es que no puede decirle que lo amaba, que lo sigo amando, hasta mi último aliento...

## Epílogo: Las cartas

No comprendo lo que ocurre, su rostro luce pálido, sangra y su amigo no deja de gritarle al conductor de la ambulancia que acelere. Mantengo su mano entre las mías, cada segundo parece más fría. «¿Qué ocurre?», pregunto varias veces sin obtener una respuesta.

El vehículo se detiene y las puertas se abren; bajo intentando no soltar su mano y corro al interior del edificio.

—No puede pasar. —Me detiene uno de los paramédicos. Miro con desespero al amigo de Silvia, pero él niega con la cabeza y empuja la camilla que desaparece detrás de las puertas blancas.

¡Esto no puede estar pasando! No ahora, no sin que le diga porque he venido.

Los minutos trascurren, nadie me da razón de ella. Estoy desesperado. Ella lucía bien ayer, un poco pálida, pero era la Silvia que conocí. ¿Qué ha pasado? ¿Qué está mal?

—¿Dominick Becher? —pregunta una enfermera con urgencia.

—¡Yo! —exclamo poniéndome de pie.

—Sígame. Deprisa. —Corre por un pasillo y sigo su paso, a pesar de no entender nada.

—¿Qué sucede? —No responde. Sacude la cabeza sin detenerse.

—Ahí —dice señalando la puerta. Tira de la palanca y entonces la veo. Su amigo tiene el rostro sobre la camilla y llora. ¿Llora?

Silvia está sobre la cama, parece tan tranquila, tan serena, podría jurar que está dormida, pero la maquina a su lado me dice algo distinto.

Con paso lento me acerco a la cama y tomo su mano. Ahora comienza a perder completamente su tibieza.

¡No! ¡No! ¡No! ¡Esto no puede ser! ¡Silvia! No me hagas eso... ¡No!

Ahora no es un hombre quien derrama lagrimas sobre su cuerpo inerte, sino dos.

¡No puedes dejarme, Silvia! No ahora.

Su funeral es algo sencillo. No he podido contactar con su madre ni tampoco con su hermana. Solo su amigo, otro médico, un par de enfermeras, así como 2 mujeres que no conozco asisten. Esto es deprimente. ¿Adónde fueron todos sus amigos? ¿Todos esos conocidos que siempre se jactaban diciendo cuanto la querían? ¿Dónde están?

No puedo expresar todo el dolor y culpa que siento. Me atreví a decirle que había destruido mi vida, cuando fue al contrario. Fui yo quien la destruyó. No debería ser ella quien este en ese ataúd. No debería acabar de esta forma.

—Toma. —Miro a su amigo, quien me ofrece un sobre—. Es de Silvia.  
—Con un nudo en la garganta lo acepto.

Una carta. Seguramente la ha dejado para hacerme saber cuánto me odia. No, ella no haría eso. No mi Silvia.

—Lo siento —dice captando mi atención—. Por no dejar que entraras.

—Son las reglas —respondo conteniendo las ganas de gritarle.

Si me hubiera dejado ir, si no me hubiera separado de ella habría podido decirle todo. Pero es tarde para eso. Ella se ha ido y nunca volveré a verla. Si no me equivoco, quizás no deseaba que la viera así, pero no puedo dejar de lamentar no haberle dicho nada. Ni siquiera “perdóname”. Eso es algo que siempre llevare acuestas.

Cierro la puerta del auto y abro el sobre. Me muerdo los labios y aspiro con fuerza antes de comenzar a leer.

*“Hola, Dominick.*

*Si estás leyendo esta carta, es porque seguramente he tenido que rogarle a Mani para que te la entregue. En realidad, no estoy segura si lo hará, quizás nunca llegue a ti. Tal vez ni siquiera la leerás, puede que simplemente la rompas. De todos modos, necesitaba hacerte saber algunas cosas. Tenías razón. Fui para vengarme, ese era el plan original. Pero sabes que siempre he sido mala para eso y esto ha ido fatal. Comenzando por el vestido de novia que me queda horrible y los zapatos que me matan. Aunque no lo creas, llevo 3 años sin*

usar tacones, así que fueron un suplicio. Fue extraño volver a verte y saber que estabas tan bien. Si te soy sincera, sentí un poco de envidia, pero no viene al caso. Tengo varias quejas, sí, puede que no te importe y prometí que no lo haría, pero no quiero dejarlo pasar. ¿Por qué la misma iglesia? ¿Eh? ¿Por qué usaste un traje parecido? ¿Por qué escogiste llevarla ahí para la noche de bodas? Eso me dolió y te odie. Porque yo escogí todas esas cosas y no fue justo de tu parte. Pero, si te soy sincera, han sido las mejores horas de mi vida. Puedes creer que estoy loca, yo pienso lo mismo. Porque a pesar de que ha pasado el tiempo, sigo pensando que eres igual de guapo que la última vez que te vi. Fue divertido volver a hacer cosas juntos. Como compartir una tarde contigo, viendo programas de variedades, aunque no hayas reído como me gustaba. También fue divertido escapar como si fuéramos ladrones. ¡Eso fue lo máximo! Incluido que me tocaras el trasero, con o sin intención. Que me llevaras en tu espalda y escuchar tu risa descarada por mi torpeza. Tomar el transporte y verte dormir. Jamás creí que podría hacerlo de nuevo. Y aunque la última parte no fue la mejor, me dio gusto verte. Solo me arrepiento de algo, haberte hecho sufrir. Si, solo de eso, porque la plástica esa no te merecía. Sé que es la típica frase de perdedores, pero es verdad. Esa tipa no vale la pena y ojala que no pienses en rogarle y volver con ella, porque juro que iría a tirarte de los pies todas las noches... Me conoces, soy capaz.

¿Sabes lo que imagine anoche mientras veía el techo de mi habitación? Que en algún universo paralelo éramos felices, incluso imagine el rostro de nuestro hijo. ¿Te lo puedes creer? Esteban era su nombre. Justo como tú querías y es que ahí, yo no era egoísta. Lo siento, Dominick. Lamento no haber podido apoyarte como lo querías. No haber visto que las cosas iban mal entre nosotros, que me deje consumir por el trabajo y mi afán de conseguir un ascenso, me arrepiento de no haberte acompañado aquella noche. Quizás si lo hubiera hecho todo sería distinto. Lamentablemente mi ego y mi hambre de éxito pudieron más. Nunca quise competir contigo, eso te lo puedo jurar. Era conmigo misma... pero no importa. Después de que me plantaras, el dolor me cegó y me dedique a culparte de todo. Pero anoche mientras una desconocida secaba mis lágrimas y charlaba con mi abuela en el panteón, lo comprendí. Fue mi culpa. Perdóname y perdona por lo que estoy a punto de escribir... te amo. Sé que no viene al caso, pero necesito que lo sepas. Te amo como el día que nos conocimos. Tenías razón, creo que fue amor a primera vista. Me enamore de tu sonrisa, de tus ojos, de tus muecas...

Me bastaron unas horas para comprender que siempre fuiste y serás el amor de mi vida. No tengo nada que reprochar, salvo que no me prestaras ropa para

*quitarme el vestido, pues la gente del avión me veía como a una loca. ¡Ah!... y que no me besaras cuando estuve a punto de caer. Porque lo vi en tu cara, querías besarme o quizás solo lo imagine. Como quiera que sea, eso no estuvo bien, ha sido lo único que no he podido hacer antes de morir, besarte.*

*Sé feliz, encuentra alguien que te ame de verdad y ten ese hijo que tanto deseaste y llámalo Esteban. Por ultimo... Dominick te amo y siempre te amare.*

*Silvia.”*

Las lágrimas no dejan de caer y siento como si algo perforara mi pecho. Estoy roto, la he perdido, se ha ido. ¡Silvia! ¡Perdóname tú a mí! Fui demasiado ciego... Perdóname, mi amor.

Me detengo frente a la lápida. Es mediodía, el sol cae sin piedad y el cementerio luce desierto.

—Hola, Silvia —susurro poco convencido. Cualquiera que me escuchara creería que estoy loco, pero si algo me enseñó ella, fue a hablar con las tumbas. Sonrío al recordar como la veía charlar con su abuela. Como fruncía el ceño y como parloteaba como niña pequeña—. Sé que no valen mis disculpas y que quizás es tarde para pedir perdón —digo un poco más firme—, pero quiero decirte que lograste cumplir tu deseo, bueno... —Me rasco la nuca sintiéndome avergonzado—. En realidad, lo hice yo por ti. Veras, cuando abrí los ojos, descubrí que nuestras cabezas estaban apoyadas y me di cuenta que debíamos bajar del autobús, pero no pude hablar. Quería seguir mirándote y entonces sin pensarlo... te bese. Fui un idiota y te dije cosas horribles. Tú no eras la egoísta, nunca lo fuiste. Y la prueba más confiable, es que a pesar de mi actitud intentaste ayudarme a encontrar a Michel. Fue una tontería. Quería y al mismo tiempo no quería hacerlo, pero en parte lo hice porque estaría contigo un poco más.

Hago una pausa y me siento sobre el suelo, deslizando mi mano por la superficie de mármol.

»Fui un idiota que se dejó llenar la cabeza de ideas. Todos decían que tú no eras para mí, puesto que ni siquiera me apoyabas y que te importaba más tu empleo. Dijeron qué intentabas competir conmigo y lo creí. No sabes cómo me arrepiento, Silvia. Yo... no quería hacerlo. Es decir, estaba listo para dirigirme a la iglesia, pero las dudas me asaltaron. No llamaste después de que

discutiéramos, demostrando que nada te importaba. Tenía que tomar una decisión, viajar a España para concretar el negocio y tú querías ir a China. No te iba a convencer, menos cuando supe que querías ir porque verías a un socio, entonces entendí que sería un error casarnos. Por eso no llegue. Estaba cegado por intentar alcanzar el éxito, uno que no ha servido para nada.

Cierro los ojos y evoco su rostro.

—¿Sabes? Mentí sobre tu peso, seguías siendo igual de ligera. Lo siento. ¿Sabes por qué no pude decir nada en la iglesia? Porque estaba anonadado al verte, estabas hermosa. Siempre ame el color natural de tu pelo, cuando lo cortaste y te hiciste luces rubias, seguías gustándome, pero te amaba al natural. Parece que dejaste de teñirlo y también, dejarlo crecer. Eso me gustó. Luego tus ojos, la forma en la que me miraste. Fue exactamente como cuando nos conocimos, como si me quisieras... Creaste todo un caos en mi cabeza, pero no pude decirlo, ese siempre fue mi problema. Que nunca pude decirte las cosas y deje que lo nuestro se deteriora. Quisiera decirte que cumpliré tu deseo, pero no creo poder hacerlo. Eres la única a la que he amado de verdad y no creo que pueda amar de nuevo. —Una ligera brisa golpea mi rostro y sonrío—. Debo estar loco. Siento como si estuvieras aquí. Dijiste que hablabas con tu abuela, porque ella siempre te escuchaba ¿Cierto? Y si es el caso, entonces te lo diré. Te amo, Silvia. Nunca deje de hacerlo. Michel fue un intento más, desde que te perdí. No era como tú y por esa razón pensé que sería más fácil, pero no, no lo fue. Por eso elegí la iglesia, el traje y el mismo lugar de la noche de bodas, porque deseaba creer que eras tú y no ella. Nada te borró, ni podrá hacerlo. Mi corazón es tuyo.

Miro la tumba donde descansa. El viento sigue soplando, refrescando mi piel. Ojala lo hubiera dicho, ojala hubiera dejado de lado mi orgullo y me hubiera levantado de aquel sillón y la hubiera besado mientras atendía aquella llamada. Ojala la hubiera empujado dentro del baño, cuando abrió la puerta. Ojala la hubiera estrechado entre mis brazos y besado cuando la sostuve.

Su nariz fría frota mi mano y sonrío.

—¿Terminaste de jugar, Lazi? —digo mirándola. Se acerca a la lápida y la contempla, pero sus ojos se mueven hacia mi espalda—. ¿Qué ocurre? —pregunto girándome, pero no hay nada detrás de mí—. ¿Nos vamos? —Me pongo de pie y tomo la correa—. Volveré, Silvia.

Con paso lento me encamino hacia la salida, junto a una energética Lazi, que no deja de tirar de mí. Supe que no tenía un hogar y puesto que ella compartió sus últimos momentos, por supuesto que me quedaría con ella. Así como con su piso. He dejado mi costosa casa en Florida y me instalado aquí. También he traspasado la mayoría de mis negocios. Aunque tarde, he aprendido que el dinero no hace la felicidad. Si ella lo supiera, estaría orgullosa de mí.